

FERNANDO LAHILLE
CAJA AUTOR

LAHILLE
38

1915

LIBERTAD

IGUALDAD

FRATERNIDAD

BUENOS AIRES

IMP. J. GIORDANO & CIA. CHILE 2150

1915

10 AGO 1934

16874



LIBERTAD, IGUALDAD y FRATERNIDAD

BIBLIOTECA

Hoy, mientras Francia celebra su fiesta nacional, por el pensamiento me parece ver aún, como en los remotos años de mi infancia, su gloriosa divisa, Libertad, Igualdad y Fraternidad, resplandeciente sobre el frontón del Capitolio de Tolosa, y me pongo a reflexionar sobre el verdadero significado de esas palabras.

En general se siente más bien que se analiza, y muchas personas no pasan nunca este primer grado de la evolución mental. Sin embargo, es bueno, más aún, es necesario franquearlo a fin de iluminar el sentimiento por la razón y de moderar por la fría lógica los entusiasmos irreflexivos y perjudiciales. Por eso mismo, nosotros ya no queremos simplemente creer; queremos conocer, es decir, darnos cuenta de los fundamentos exactos de nuestras creencias.

La humanidad se deja conducir con harta frecuencia, por simples palabras. Se imagina entenderlas porque siempre las oyó y ha crecido a su sombra. Sin duda, algunas de ellas han enjugado muchas lágrimas, engendrado sublimes sacrificios y hecho brillar supremas esperanzas. Pero, ¡cuántas otras han conducido a los hombres a la guerra, a la ruina y a la muerte! ¡Cuántas otras han encendido hogueras y levantado patíbulos!

Analizar el fundamento de las ideas encubiertas por las grandes palabras populares, equivale, en definitiva, a construir faros en regiones erizadas de escollos. Su luz alumbrará nuestra ruta en medio de las tempestades y la humanidad bendecirá un día, a quienes los levantaron.

Preguntémonos desde luego, como biólogos, qué puede ser esa libertad a la que se elevan estatuas y que fué la religión del poeta de las «Hojas de otoño?»

*Je suis fils de ce siècle. Un erreur chaque année
S'en va de mon esprit, d'elle même étonnée.
Et détrompé de tout, mon culte n'est resté
Qu'à vous sainte Patrie et sainte liberté.*

1) - Este artículo fué escrito para el 14 de Julio de 1914, en ocasión de la fiesta nacional francesa.

Los actos que llamamos voluntarios están sometidos, como todas las cosas, a causas y a leyes; y el hecho de ignorar las unas y las otras nos induce a olvidar su existencia.

La libertad humana, de la que cada hombre está tan orgulloso, consiste simplemente, como nos lo ha dicho Spinoza, en que los hombres tienen conciencia de su voluntad y no de las causas que la determinan. La acción que yo realizo ahora, es la consecuencia necesaria y fatal del estado de mi organismo en este momento, es decir, de mi herencia, de todo mi pasado, de mis sentimientos, de mis conocimientos y de mi razón; pero es también la consecuencia de todas las causas exteriores que obran sobre mí, en este mismo instante.

Los motivos que determinan nuestras acciones provienen pues tanto de nuestra sensibilidad inconsciente como de nuestra inteligencia; y como ha dicho Sully-Prudhomme:

*Seul le plus fort motif peut en fin prévaloir.
Fatalement conçu pendant qu'on délibère,
Fatalement vainqueur, c'est lui seul qui opère
La fatale option qu'on appelle un vouloir.*

Ningún ser viviente puede abstraerse a su estructura, es decir, a su pasado y al medio físico, intelectual y moral, en el que debió desarrollarse, luchar y vencer. Nuestra libertad física es, pues, ella también muy limitada por las condiciones mismas de nuestra organización. Basta que la temperatura de nuestro cuerpo aumente en tres grados, y llega el delirio; dos grados más, y es la muerte!

No poseemos, desde luego, una entera libertad social. Estas dos palabras, por otra parte, chocan al encontrarse unidas. Quien dice sociedad, dice subordinación; solo el animal que vive enteramente aislado no reconoce ni moral, ni amo.

Las formas de asociación natural son muy numerosas. Las unas se establecen entre simple células, como las colonias de «vorticellas» o «eudorinas»; las otras, entre individuos de especies distintas, como en los casos de simbiosis o de parasitismo. Otras sociedades se forman entre individuos de la misma especie: las abejas, las hormigas, los castores, las vizcachas; o bien, finalmente, entre dos seres de sexos complementarios.

Pero, cualquiera que sea la importancia, la naturaleza y la forma de asociación, el individuo siempre tiene que sacrificar una parte — con frecuencia enorme — de su independencia, en cambio del provecho que recibe de la vida en común. ¡Qué ilusorias y limitadas son, pues, nuestras libertades fundamentales! ¡Cuántos problemas evoca esta simple palabra que se encuentra en la base de toda noción científica del derecho y de la moral y que adorna en letras de oro la bandera de Francia!

La igualdad, segundo término de la divisa nacional, debe emplearse con una prudencia aún más grande que la palabra libertad.

La igualdad perfecta, es, en efecto, una abstracción irrealizable, y diré aún más: no es deseable. Ella es desconocida en el mundo de la materia bruta. El peso de los átomos varía según los elementos, y dos gotas de agua, por idénticas que las supongáis, no pudiendo ocupar simultáneamente el mismo lugar en el espacio, se encuentran sometidas a fuerzas distintas que bastan para diferenciarlas. Con más razón, los seres vivos nacen y permanecen desiguales.

Cada individuo no es sino el último representante de una cadena indefinida de seres desaparecidos. Estos han atravesado medios de una variedad inconcebible, que han imprimido sobre cada uno, caracteres distintos.

Estudemos el desarrollo de un huevo. Casi siempre vemos en un principio al embrión formado por pequeñas células todas iguales, por lo menos, en apariencia. Pronto, un conjunto de condiciones complejas, que no podemos determinar con precisión, dan lugar a una alimentación más abundante de algunas células. Estas privilegiadas de la fortuna se multiplican entonces rápidamente y cambian, por lo tanto de posición. Pero como en el conjunto de un organismo, la posición de los elementos determina la especialización de sus funciones, se produce en los tejidos del embrión una división del trabajo fisiológico, es decir, del trabajo social; y al mismo tiempo aparece el progreso.

Vemos, pues, que la desigualdad es la condición necesaria de la evolución de todos los organismos pluricelulares. La igualdad en una sociedad no conduce sino a la formación de agrupaciones gregarias. Se puede obtener, gracias a ella, un «nostoc», una «oscillaria», pero no se puede pretender crear una colmena, un hormiguero, un hogar y menos aún una civilización.

Pero, me diréis, se trata de la igualdad ante la ley. Bien, sepan entonces que este género de igualdad es tan difícil de imaginar como la igualdad de las aptitudes y de las funciones.

Ley, significa obligación, y si es necesario, imposición por la fuerza. Aplicándose de una manera uniforme a individuos de tendencias frecuentemente opuestas, si ella es aceptada con placer por unos no hace, en cambio, sino irritar más a los que, por su naturaleza, se encuentran en mayor oposición con ella. La ley puede imponerse a todos de igual manera, pero, como lo dijo Le Dantec, jamás será igual para todos.

¿Qué debemos pensar ahora de la fraternidad? ¿El cruel dicho de los antiguos: «Homo homini lupus», ha cesado acaso de ser una amarga verdad? ¿No asistimos diariamente a manifestaciones privadas o colectivas de la envidia, de la ambición, del odio y de la ferocidad nativa? ¡Cuántas disensiones profundas que estallan en las familias y en las sociedades son motivadas por cuestiones de interés, de política o de religión!

La lucha por la existencia, por la supremacía, por los empleos, por los honores, se pone día a día, más áspera y vemos que los acontecimientos de todas partes dan un cruel desmentido al término «fraternidad», inscripto sobre nuestros monumentos y nuestras banderas. Si

cierto, como pensaba La Rochefoucauld de «Todos nuestros afectos, todas nuestras virtudes, van a perderse en el interés, como todos los ríos en el mar; y que el amor a sí mismo no se detiene sobre los demás seres sino como las abejas sobre las flores a fin de tomar lo que le conviene», comprendemos cuán difícil resultará a la verdadera fraternidad surgir de en medio de semejantes sentimientos.

¿Qué queda, pues, de las tres palabras «Libertad, Igualdad y Fraternidad»? ¿Debemos renegar de nuestra querida divisa nacional? ¿Deberemos aplicarle con todo rigor lo que dice Gustavo Le Bon de las verdades que pasan: «A cada fase de su desarrollo, el hombre posee verdades a su medida, verdades que corresponden solamente a esa fase»? Nó ciertamente; porque la divisa de la bandera francesa lleva en sí un principio de inmortalidad! Es el gran grito de la esperanza y constituye para la humanidad el programa de una marcha triunfal hacia el progreso y el ideal.

¿La libertad no es, acaso, un progreso a conquistar y un ideal a realizar? ¿Puedese olvidar que élla consiste en no obedecer más a las pasiones malsanas para no ser ya el esclavo de sus fines? La libertad, consiste en vencer la rutina, los prejuicios y, sobre todo, la intolerancia hacia los individuos y las naciones. Acostumbrémonos, pues, a respetar en los demás la misma necesidad de independencia que experimentamos nosotros mismos y que quiere ser respetada. ¿No es acaso, la definición de la libertad posible: «hacer lo que se quiere», es decir, satisfacer sus necesidades, desarrollar y ejercitar su personalidad, perseguir sus fines a condición de no dañar a otro? La intolerancia, la ambición, los celos y, sobre todo, la ignorancia: he aquí las verdaderas Bastillas a reducir y demoler.

Sobre el frontón de la Escuela Roca, se encuentra señalado el verdadero camino que conduce a la libertad: «Liber, liberat!». Es el libro, es la instrucción, que nos harán conocer el origen, el valor y la existencia de nuestros principales derechos: derecho a la vida, derecho a la libertad, derecho al respeto de la personalidad moral, derechos económicos. Es el libro, es la instrucción, que librarán nuestros pensamientos de los errores y le darán los medios de reclamar, de obtener o de defender todas las libertades que exigen las sociedades modernas y que son las condiciones necesarias del progreso: la libertad civil, la libertad individual con su corolario indispensable, la ley del divorcio, la libertad de conciencia, la libertad de la prensa y de la enseñanza.

La igualdad, lo mismo que la libertad, representa un ideal a perseguir. Ella no puede ser sino un fin destinado a dirigir nuestros esfuerzos

La palabra igualdad nos recordará que delante de las grandes leyes naturales de la vida, delante del nacimiento, del crecimiento, y de la muerte, somos todos iguales; y, sobre todo, que la sola igualdad posible y deseable, es la igualdad delante del cumplimiento del deber que

corresponde a cada uno de nosotros en la sociedad, según nuestras aptitudes, y la situación en que nos encontramos colocados.

Cuando la posición social y la influencia de los parientes y protectores no desempeñe ya ningún rol en la elección de los individuos para los puestos públicos, las recompensas y los honores; cuando ya no se tenga en cuenta sino el valor exclusivamente personal de cada ciudadano, se habrá demolido una nueva Bastilla y se habrá suprimido para el mayor bien de la sociedad la más peligrosa de las desigualdades.

Pero, como sus dos hermanas, la fraternidad es también un ideal.

La simpatía del hombre para el hombre, por el sólo hecho de ser tal, debe tomar una extensión cada vez mayor, aplicándose a grupos sociales, de más en más vastos: la familia, la aldea o la ciudad, la provincia, la nación y la humanidad.

Entre los pueblos primitivos, no hay nada más allá del sentimiento nacional. El extranjero representa un enemigo y la patria se identifica fácilmente, para ellos, con el ejército. Se imaginan, de buen grado, dice Boycher, que la guerra es la más importante y la más alta manifestación de la vida nacional, y, sobretodo que es la obra exclusiva de los elementos militares.

Los que invocan las exigencias de la defensa de un país para obtener créditos enormes, olvidan con frecuencia que el ejército no es, en definitiva sino uno de los órganos de esta defensa. Los pueblos que quieren marchar a la cabeza de la civilización no deben olvidar que la prosperidad financiera del Estado, la educación del pueblo, su respeto por la disciplina y la autoridad, los estudios de sus ingenieros, los trabajos y descubrimientos de sus sabios, la habilidad de su cuerpo diplomático, etc., etc., son factores tan importantes para el éxito de una guerra, como la organización de sus tropas de tierra y de mar.

Además, como lo hacía notar últimamente un político, el culto exagerado del ejército conduce a graves dificultades en la dirección interna de las sociedades democráticas. El ejército constituye uno de los muy numerosos órganos necesarios a las naciones, su desarrollo es un deber; pero es necesario guardarse mucho de hipertrofiarlo si los demás organismos del Estado tuvieran que ser dañados. Creo, por otra parte, firmemente, que algún día una organización internacional permitirá substituir en la mayoría de los casos, los campos sangrientos de batalla por las serenas conversaciones de una Corte de Justicia. La justicia tiene, sin duda, una espada, pero esta espada no sirve sino para proteger al débil y para el sostén exclusivo del Derecho que es en realidad la exigibilidad de un Deber.

La fraternidad entre individuos, las clases sociales y las naciones, tiene que ser ayudada por todos los medios y alentada por todas las propagandas. Es necesario luchar sin tregua, contra la Bastilla de los odios seculares, que no provienen, en general, sino de una recíproca ignorancia o de dolorosos malentendidos. Es necesario reemplazar el feroz grito de lucha

por la existencia, por el cuanto más justo de conquista por la solidaridad, el mutualismo y la federación. Los resultados excelentes de la participación obrera en los beneficios patronales, han demostrado claramente que la unión de las clases es un medio más eficaz de progreso, que su lucha.

Los graves problemas de la cuestión social no se resolverán sino por las obras de mutualidad, de asociaciones cooperativas de crédito, de producción y de consumo, y, en fin, por las asociaciones profesionales.

La función del Estado no es la de servir de Providencia, sino la de tender a desarrollar el libre juego de todas las actividades sanas de los ciudadanos y protegerlos contra las violaciones del derecho y contra las formas de la esclavitud y de la explotación, a fin de obtener el mayor número posible de individualidades completas y reales, permitiendo así a todos el acceso de la prosperidad privada bajo la condición del trabajo, del ahorro, de la previsión y de la concordia.

Mientras los organismos elementales desconocieron las ventajas de la unión, no hubo en el mundo sino células aisladas: protozoarios y protófitos. Pero tan pronto como los organismos derivados de la división de un mismo germen quedaron unidos en una asociación fraternal, el conjunto no tardó en evolucionar y elevarse hasta las formas más superiores de la vida, hasta los mamíferos y hasta el hombre. En su obra sobre la ayuda mutua, Kropotkine, demuestra, por su parte, que, «En todo lugar donde las condiciones naturales son desfavorables, — el clima por demasiado inclemente, la alimentación por demasiado escasa, — donde la vida no llega sino difícilmente a triunfar de las causas de destrucción, no es la lucha entre individuos de la misma especie lo que se observa sino al contrario, el apoyo recíproco, que se vuelve un elemento importante para el mantenimiento de la vida y la evolución de la especie».

M. Edmond Perrier, el sabio y simpático director del «Museum», ha llegado, no hace mucho tiempo, y por una vía completamente distinta, a conclusiones análogas.

Los diversos tipos de estructura de los animales que la Zoología nos hace conocer, los vertebrados, los moluscos, los anélidos, los radiados, etc., etc., no se han constituido, de ningún modo, por la lucha de los varios individuos entre sí, sino por el esfuerzo contra las condiciones desfavorables del medio en que han vivido. Es así que la historia del desarrollo individual, el origen de las tendencias y de los instintos sociales, la historia de la aparición sucesiva de las formas vivientes sobre el globo proclaman altamente esta gran verdad. La Fraternidad fué y será siempre la causa y el fundamento de todos los progresos verdaderos. La guerra, que despierta el odio y fomenta los rencores más tenaces no puede engendrar sino el atraso y las devastaciones.

En resumen; para el pensador y el educacionista, las tres palabras de «Libertad, Igualdad y Fraternidad», representan el magnífico programa de la sociedad ideal, hacia la que debemos orientarnos sin cesar.

Para obtener la libertad, triunfemos de las pasiones más individuales y sociales; sacudamos los viejos prejuicios y derrumbemos los ídolos decrépitos que impiden la marcha de los pueblos hacia una condición mejor. Por otra parte, penetremos bien de la noción sana, de la única igualdad posible y deseable tal como la biología nos la revela: la igualdad ante el cumplimiento de los deberes asignados a cada uno de nosotros en la sociedad, a fin que luego, el mérito estrictamente personal y los servicios prestados al cuerpo social, sean la única medida de los derechos, que el estado protegerá, y de las recompensas que él otorgará, haciendo reinar la verdadera justicia para todos.

Arrojemos finalmente, bien lejos de nuestra mente, las falsas y peligrosas interpretaciones del principio darwiniano de la lucha por la existencia. El triunfo del más apto no consiste en el desprecio y el aplastamiento de los débiles. En un mecanismo, los más pequeños engranajes desempeñan un rol tan considerable y tan necesario como el de los grandes resortes. No olvidemos nunca que la solidaridad o fraternidad, es la única base del progreso. «En las relaciones existentes, sea entre los individuos, sea entre las diversas sociedades que forman sus agrupaciones, la concordancia entre los intereses recíprocos, es el principio del bien; de la misma manera que la discordancia entre esos mismos intereses, es el principio del mal». (Lamarck).

En lugar de predicar la intolerancia, la desconfianza, la discordia y la guerra, evoquemos la necesidad y los beneficios de la paz y de la unión, luchando cada día por la instrucción de la juventud y de las masas populares, y por el triunfo de los más altos ideales Argentinos.

Y ahora, para terminar estas ligeras reflexiones, inspiradas por la hermosa divisa de Francia, no me queda sino invitar al lector a meditar sobre este otro pensamiento de Lamarck: «Por grandes que sean las dificultades que se presentan para descubrir una verdad, son aún mayores las que se encuentran para hacerla reconocer».

Fernando LAHILLE.